

R

Rafael Alberti. España. Nació en Puerto de Santa María el 16 de septiembre de 1902 y murió el 28 de octubre de 1999. Fue también pintor y estuvo muy dedicado al teatro. Perteneció a la generación de Federico García Lorca. Técnicamente es considerado un verdadero maestro de la poesía moderna. Ha publicado numerosos poemarios, entre los que se distinguen: "Marinero en tierra", "Sobre los hielos", "Cal y canto", "Pleamar", "Entre el clavel y la espada", "El poeta en la calle", "Retorno de lo vivo lejano", entre otros.



Retorno

1 (Nuevos retornos del otoño)

Nos dicen: Sed alegres.

Que no escuchen los hombres rodar en vuestros cantos ni el más leve ruido de una lágrima. Está bien. Yo quisiera, diariamente lo quiero, mas hay horas, hay días, hasta meses y años en que se carga el alma de una justa tristeza y por tantos motivos que luchan silenciosos rompe a llorar, abiertas las llaves de los ríos.

Miro el otoño, escucho sus aguas melancólicas de dobladas umbrías que pronto van a irse. Me miro a mí, me escucho esta mañana y perdido ese miedo que me atenaza a veces hasta dejarme mudo, me repito: Confíesme, grita valientemente que quisieras morirte. Di también: Tienes frío.

Di también: Estás solo, aunque otros te acompañen. ¿Qué sería de ti si al cabo no volvieras? Tus amigos, tu niña, tu mujer, todos esos que parecen quererte de verdad, ¿qué dirían?

Sonreír. Sed alegres. Cantad la vida nueva. Pero yo sin vivirla, ¡cuántas veces la canté! ¡Cuántas veces animo ciegamente a los tristes, diciéndoles: Sed fuertes, porque vuestra es el alba! Perdonadme que hoy sienta pena y la diga, No me culpéis. Ha sido la vuelta del otoño.

2 (Retornos del amor en medio del mar)

Esplendor mío, amor, inicial de mi vida, quiero decirte toda tu belleza, aquí, en medio del mar, cuando voy en tu busca, cuando tan sólo puedo compararte con la hermosura líbica de las olas. Es tu cabeza un manantial de oro, una lluvia de espuma dorada que me enciende y lleva a navegar al fondo de la noche. Es tu frente la aurora con dos arcos por los que pasan dulces esos soles con que sueñan al alba los navíos. ¿Qué decir de tu boca y tus orejas, de tu cuello y tus hombros si el mar esconde conchas, corales y jardines sumergidos que quisieran al soplo de las alas del sur ser como ellos? Son tus costados como dos lejanas bahías en reposo donde al son de tus brazos sólo canta el silencio de amor que las rodea. Triste es hablar, cuando se está distante, de los gólfos de sombra, de las islas que llaman al marino que los siente pasar, sin verlos, fuera de su rula. Amor mío, tus piernas son dos playas, dos médanos tendidos que se elevan con un rumor de juncos si no duermen. Dame tus pies pequeños para andarte.

para sentirte todas tus riberas. Voy por el mar, voy sobre ti, mi vida, sobre tu amor, hacia tu amor, cantando tu belleza más bella que las olas.

3 (Retornos de una sombra maldita)

¿Será difícil, madre, volver a ti? Feroces somos tus hijos. Sabes que no te merecamos quizás, que hoy una sombra maldita nos desune, nos separa de tu agobiado corazón, cayendo atroz, dura, mortal, sobre sus telas, como un oscuro hachazo. No, no tenemos manos, ¿verdad?, no las tenemos, que no lo son, ay, ay, porque son garras, zarpas siempre dispuestas a romper esas fuentes que coagulan para ti sola un llanto. No son dientes tampoco, que son puntas, fieras crestas llamadas Incapaces de comprender tus labios y mejillas. Han pasado desgracias, han sucedido, madre, verdaderas noches sin ojos, albas que no abrían sino para cerrarse en ciega muerte. Cosas que no acontecen, que alguien pensó más lejos, más allá de las llividas fronteras del espanto, madre, han acomellido Y todavía por si acaso hubieras, por si tal vez hubieras soñado en un momento que en el olvido puede calmar el mar sus olas, un incansante acoso, un cañido rodado te aprietan hasta hacerte subir vertida y sin final en sangre. Juntanos, madre. Acerca esa preciosa rama tuya, tan escondida, que anhelamos así, estrechar todos, encendiéndonos en ella como un único fruto de sabor dulce, igual. Que en ese día desnudados de esa amarga corteza, liberados de ese hueso de piel que nos consume, alegras, rebosemos tu ya tranquilo corazón sin sombra.

4 (Retornos de un poeta asesinado)

Has vuelto a mí más viejo y triste en la dormida luz de un sueño tranquilo de marzo, polvoriento de un gris inesperado las sienes, y aquel bronco de olivo que tu mágica juventud sostenía, surcado por el signo de los años, lo mismo que si la vida aquella que en vida no tuviste la hubieras paso a paso ya vivido en la muerte.

Yo no sé qué has querido decirme en esta noche con tu desprevenida visita, el fino traje de alpaca luminosa, como recién cortado, la corbata amarilla y el sufrido cabello al aire, igual que entonces por aquellos jardines de estudiantiles chopos y calientes adelfas.

Tal vez hayas pensado -quiero explicarme ahora ya en las claras afueras del sueño- que debías llegar primero a mí desde esas subterráneas raíces o escondidos manantiales en donde desesperadamente penan tus huesos.

Dime, confíesme, confíesme si en el abrazo mudo que me has dado, en el tierno ademán de sentarte junto a mí, de mirarme, sonreír y en silencio, sin ninguna palabra, dime si no has querido significar con eso que, a pesar de las mínimas batallas que reñimos, sigues unido a mí más que nunca en la muerte por las veces que acaso no lo estuvimos -¡ay, perdóname!- en la vida.

Si no es así, retoma nuevamente en el sueño de otra noche a decírmelo.

5 (Retornos de la invariable poesía)

¡Oh poesía hermosa, fuerte y dulce, mi solo mar al fin, que siempre vuelve! ¿Cómo vas a dejarme, cómo un día pude, ciego, pensar en tu abandono?

Tú eres lo que me queda, lo que tuve, desde que abrí a la luz, sin comprenderlo. Fiel en la dicha, fiel en la desgracia, de tu mano en la paz, y en el estruendo triste de la sangre y la guerra, de tu mano.

Yo dormía en las hojas, yo jugaba por las arenas verdes de los ríos, subiendo a las veletas de las torres y a la elevada luna mis trineos. Y eran tus las invisibles, era su soplo grácil quien me conducía.

¿Quién tocó con sus ojos los colores, quién a las líneas contagió su aire, y quién, cuando el amor, puso en su flecha un murmullo de fuentes y palomas?

Luego, el horror, la vida en el espanto, la juventud ardiendo en sacrificio. ¿Qué sin ti el héroe, qué su pobre muerte sin el súbito halo de relámpagos con que tú lo coronas e iluminas?

¡Oh hermosa de verdad, oh compañera, conmigo, desterrada, conmigo, golpeado y alabado, conmigo, perseguido; en la vacilación, firme, segura, en la firmeza, animadora, alegre, buena en el odio necesario, buena y hasta feliz en la melancolía!

¿Qué no voy a esperar de ti en lo que me falte de júbilo o tormento? ¿Qué no voy a recibir de ti, di, que no sea sino para salvarme, alzar me, conferirme? Me matarán quizás y tú serás mi vida, viviré más que nunca y no serás mi muerte. Porque de ti yo he sido, yo soy música, ritmo veloz, cadencia lenta, brisa de los juncos, vocablo de la mar, estríbillo de las simples cigarras populares. Porque por ti soy tú y seré por ti solo lo que fuiste y serás para siempre en el tiempo.